

Glosas

Ciencia y aventura

CUANDO la ciencia es una hija fiel de la curiosidad, se parece mucho al apetito. Tiene sus golosos delicados, como sus voraces Gargantúas.

¡Cuán deliciosa figura setecentista la del abate Spallanzani! Hacía sus experimentos sobre la filosofía de la digestión, tragándose paquetitos de alimentos, que le llegaban al estómago, pendientes de un hilo, rigurosamente apretado entre los dientes. No todo el mundo encontrará la minuta apetecible. Pero de seguro que, para el gusto del buen abate, no guisaría mejor cena el cocinero del cardenal Dubois.

Me acuerdo de Spallanzani, a propósito de Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Clemente Onelli ha muerto allí, a fines del pasado octubre. Yo lo he sabido ahora. Lo he sabido, y la pluma se me va sola a celebrar el ardor de este sabio—de esta manera de sabio—y su buen humor.

Todavía en los países jóvenes el vivir científico puede tener, como tuvo en siglos pretéritos, un compás alacre de aventura. En los otros, en los países ya maduros, la organización colectiva, gregaria, oficinesca del saber, con un áspero ejercicio de la investigación muy metodizada, disciplinada, atomizada y casi automatizada, concluyó con ello. ¿Quién comparará el deporte de Spallanzani con la tarea de algún moderno discípulo de Pawlov, que, aislado en un rincón de un vasto laboratorio, recibe, como una orden de plaza, la lista de manjares que ha de presentar al perro de cortado esófago, cuyas inteligentes salivas pasarán luego para su medida y análisis a la oficina tercera de la sección quinta de otro laboratorio distinto?

Pero Onelli, en sus excursiones por la Patagonia y por los Andes, tenía que vestirse de indio para estudiar Antropología.

Clemente Onelli

Cuando llegó a aquellos parajes por primera vez, muy de joven, no era precisamente un indio; pero sí un emigrante italiano decidido a todo... Alguna figura de condotiero intelectual, venida de Italia, dúctilmente aclimatada al ambiente nuevo, lucida y brillante por la erudición y por la audacia, nunca falta, hoy, entre los grupos académicos de las metrópolis del mundo, especialmente las de América. Ni falla en lo de tener, con sus hermanos en la hazaña,



Clemente Onelli

por MÁLAGA GRENET

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 7 de febrero de 1914)

ciertos rasgos comunes de psicología, muy instructivos de analizar.

Decidido a todo... Como Onelli resultó, a la larga, un naturalista, hubiera podido resultar un chacarero. Por cierto, nada quiere decir esto en contra suya. También Darwin, a los veinte años, más que vocación de biólogo, parecía tenerla de cazador.

Luego... Lo restante fué para aquél, tanto como fácil, peligroso. Lo aprendió todo, lo aprovechó todo, lo lució todo. Pero tal vez lo que más lució era lo que no sabía bien de fijo. Lo que bien de fijo no podía saberse. Desde su conocimiento del alma del niño, del alma de la mujer, del alma de la ciudad, hasta aquel tan arriesgado alborozo ante el descubrimiento del Plesiosaurio.

Tejidos y tejedores de Patagonia

Los amigos, en una de mis jornadas porteñas de profesor de lujo, lleváronme, naturalmente, a visitar el «Zoo». Noticioso el buen director de la visita, excusóse de acompañarnos en ella. Esto me hizo mucha gracia al comprender y legitimar su aprensión justa de voluptuoso por tener que habérselas con quien él

tenía todavía derecho a figurarse como una especie de catedrático aburrido, o tal vez como un pedante malévolo de la raza de esos que se complacen tontamente en ponerle trampas cazadoras al saber o a la información de cualquier interlocutor nuevo. Y me acordé de lo que contaba en París M. Fouché-Delbosc de sus viajes por las capitales de provincia españolas; donde había observado que, por raro fenómeno, el anuncio de su llegada acostumbraba a coincidir con la enfermedad o el asueto del catedrático de francés del Instituto.

Pero aconteció, días más tarde, que los periódicos dieran la noticia del arribo a la capital de una comisión patagónica, que venía a ver al presidente de la República para pedirle amparo en la crisis que allí, al decir de aquélla, soportaba la industria de los tapices trenzados. El amparo apetecido era del orden de proporcionar a las manufacturas dibujos nuevos, «más conformes con el gusto del día», de «renovar los métodos», de «estudiar la producción extranjera»; en una palabra, de *modernizar*... Cuando esto leí, dí un salto, tomé el sombrero y, sin vacilar, me fui a ver a mi todavía desconocido Clemente Onelli. «Hay que evitar—le dije apeando preámbulos—que la comisión patagónica consiga su objeto. ¡Hay que